

---

# EDGAR ALLAN POE

---

Benami Fihman

---

Manhattan Febrero 1970

Calle 42: multitud leprosa de máscaras, suite-torbellino infernal. Turba de maltratados y proletarios, la chusma americana con sus cicatrices y sus horrores: el rebaño sórdido con su bachaqueo me rodeaba como las aguas histéricas de un río de selva (de una selva fría) y me fue envolviendo como una estampida hasta transformar los sentidos en trompos: cabellos polvorientos de la cabeza agitada de Ofelia, Isla de Manhattan, que se desgreña en esplendor de trajes ruidosos y de monstruos. Caras y escupitajos, sangre y uniformes de policía, pelucas de transvestis y predicadores, con túnicas y bordones, que blanden la Biblia, gordas sucias con morrales y negras rubias y vaqueros y vampiros en zapatos de tenis y viejos borrachos y chulos vestidos de charol y caras destruidas a golpes o por los barros, mendigos temblorosos que destrozan sus abrigos.

Gran espectáculo de mamarrachos de chiclet mascado que maquillaron los televisores y las pantallas de los cines. La separación entre este desfile callejero y

las pantallas que trabajan a derecha e izquierda, día y noche, es una pura convención, ya que en realidad la pantalla con sus millones de extras se ha derramado sobre las aceras. Todo es barato: los hombres, las fachadas de los cines con sus columnas griegas, las mercancías en las vidrieras de las tiendas; máquinas de fotografiar, de escribir, de hacer cigarrillos, guitarras eléctricas, navajas, penes plásticos, trucos, linternas, perros calientes, hamburguesas, jugos de naranja, pizzas. Coronan los edificios carteles que dicen: THE LARGEST MOVIE HOUSE CENTER OF THE WORLD, RELAX LIVE LONGER SEE A MOVIE NOW.

Caminé toda la calle por el lado del hotel Dixie fijándome en las carteleras de los cines. Regresé por la acera de enfrente y me decidí por el New Amsterdam Theatre que exhibía *Guru the Mad Monky* (Gurú el Monje Loco), *The Oblong Box* (La Caja Oblonga), que según los carteles estaba basado sobre el cuento de Edgar Poe del mismo nombre. Atravesé el vestíbulo de espejos paralelos y bajo relieves de inspiración Shakespeariana firmado en 1903. Una vez más al entrar a la sala propiamente dicha me cautivó esa arquitectura anacrónica, extraordinaria, palaciega que exudan las paredes: una danza espiral se inicia en el sótano de los baños y sube por las escaleras hasta la platea y desde allí, atiborrando balcón, llega, recubriendo los muros, a la cúpula sembrada de círculos, de llamas que bailan: conejos de la fecundidad y flores de lis, querubines burlones, cabelleras ondulantes, volutas, ménsulas, acanto, coronas, ramos, copas y cornucopias salen del estuco como en una pesadilla barroca.

La pantalla cenicienta reposaba y bañaba la cara de los espectadores. Como siempre me maravillaba estar aquí, resguardado por la cúpula del antiguo teatro, por ese regazo oscuro de hojas de acanto, de cornucopias y volutas, sombras que se unían secretamente en las alturas y me ayudaban a abandonar la sima de las calles y subir a los techos inal-

canzables de los rascacielos en una trampa de trampolines invisibles, me permitían soñar con una ruta de los palacios aéreos, un acceso a las torrecillas vacías, minaretes, agujas de oro y quizás a esa altura, en esa dimensión desconocida, huir de la ciudad, de mis propios pasos, abandonar mis pies, volar hasta los precipicios más agudos de la memoria.

En mi fila una pareja de viejos se acaricia con fruición. En la pantalla el Monje loco asesina a diestra y siniestra. No lejos de mí un gordo, los ojos fijos en la pantalla, se lleva a la boca la comida que saca de una bolsa. Un negro eructa con cada trago de cerveza. A la banda sonora del film se agregan los ronquidos de la gente que duerme en el cine: sobre todo pordioseros que no tienen donde dormir y como la entrada cuesta noventa y nueve centavos...

32 Al final del Monje vendría la película de Poe. Pensaba en él, en el artículo. La casa del Bronx confirmaba la visión expuesta por Lowry después de su visita a Richmond, Virginia. Un artista trágico junto con los documentos más desgarradores colgados en las paredes se transforma en jardín de infancia.

La calle 42 en cambio era otra cosa. Uno está frente a un Poe vivo. Poe vive en la calle 42 y no me cabe la menor duda que si estos cines que abren a las ocho de la mañana y cierran a las cuatro de la madrugada hubieran funcionado en su época le habría tocado dormir en sus butacas desvalijadas más de una vez.

Además están todos esos bares mortales frente a la estación de autobuses. Esta calle es la guarida del Poe extraoficial, el de la Hammer Productions, de Hollywood y Roger Corman, de Vincent Price y Peter Cushing.

Un público fiel le rinde tributo y lo adora por noventa y nueve centavos; para ese público Poe debe ser un guionista californiano que los conoce bien y les

sacia regularmente el apetito de estridencias.

El pobre Edgar debe sonreír con amor frente a éste, uno de sus tantos destinos. ¡Y cuánto más cerca se siente de esos rotos e inmundos que lo veneran en la miseria, que de los profesores que dictan cátedra sobre su vida y sus obras en las universidades! Su corazón demoledor se ha refugiado en estos fastuosos teatros venidos a menos, sucios, desmaquillados, maltrechos.

Los espectadores que no duermen, gritan, ríen, eructan, pitan, se responden unos a otros o dialogan con los personajes de la pantalla. El negro de las cervezas continúa bebiendo lata tras lata mientras envuelto por la niebla de los bajos fondos de un puerto aparece Vincent Price, protagonista de la Caja Oblonga. La presencia del puerto me engaña y pienso de pronto que puede tratarse de una reproducción fiel del cuento, la introducción repentina del vodú me trae a la realidad. Como de costumbre el guionista Poe que vive en Los Angeles traiciona al otro Poe que murió en Baltimore una noche de elecciones hace ciento veinte años. El verde escabroso predomina en las secuencias que bañan mis ojos y las cabezas y los cuerpos de los otros espectadores. Apenas sigo la intriga. Un ruido persistente acompaña las imágenes que desde lejos y por la sola sucesión de colores me hipnotizan ligeramente.

Ruido entrecortado, sollozos más bien. Sollozo próximo que no viene de la pantalla y que busco tanteando con la vista en la penumbra, cuyo espesor varía con los resplandores de la pantalla.

Había localizado la fuente y me acercaba a ella: un cuerpo agitado por temblores, un cuerpo flaco. Lo tenía delante: un cuerpo flaco, una cara vieja, huesuda, atormentada: un sollozo que pasaba a gemido o a llanto o a grito.

En el sueño. El hombre, el viejo dormía, su rostro no dormía, sus arrugas se retorcían como se agarro-





taban sus manos. Los ojos cerrados. Un bigotito blanco contrastaba con la desesperación de todo el cuerpo. Lo contemplaba. Los espasmos, los gritos se hacían insoportables. Lo agarré por los hombros y lo sacudí hasta despertarlo.

Me miró paralizado, mudo. A mis espaldas la voz y la imagen de Vincent Price. La figura frágil del viejo me escrutaba. Los bigotes, la frente ancha, el mentón alargado, la elegancia que quedaba en una cara consumida como si hubiera sufrido cien años. Me dijo: Good night gentleman.

Forma imperativa de exigir la soledad. Salí a la calle. Era la hora de los trastos. Quedaban iluminadas las marquesinas de dos cines apenas, en los otros los empleados encaramados sobre las escaleras cambiaban los programas. Niebla. Pocos carros. En el Grant's un tipo de mandíbulas inmensas masticaba un hamburgués. Un taxi vacío. Un gordo barbudo aulla.

¿Y Poe?

Manhattan Febrero 1970

Esta noche fui a cenar donde Jesse. Comimos como de costumbre rodeados por las calaveras y los siete gatos de Jesse. Preparó calabaza hervida y lenguado. Hojeamos las ediciones raras de Crevel, Jünger, Lord Dunsany, algunos calendarios chinos. Jesse me mostró una calavera japonesa que acaba de conseguir y también algunos de sus dibujos, de calaveras como siempre.

Le propuse lo de Poe: sacó biografías, fotos, una caja de la que es autor y cuyo tema es Poe. Fue lograda por el sistema insólito que el llama azar conciente. Iremos seguro a Richmond, dentro de unos días.

Regresé a pie. Borrachos, películas de horror en el cine Variety, putas en la calle trece. Un joven me

pide un cigarrillo. Cuando saco mi cajetilla de Navy's me dice: Last time I had one of these was over in Viet Nam.

Boris Karlof me mira, he venido a la cocina a buscar un vaso de agua.

5 de Marzo 1970

Ignoro la distancia que hay entre Nueva York y Richmond. Sé, sin embargo, que la vastedad de moteles iguales que hay entre una y otra, y la lechuga de los restaurantes —inolora, incolora, insípida— la hace monótona y larga. La carretera es una rueda y el auto está sujeto a ella y a su número ilimitado de vueltas como una ardilla. Autopista, carros a ciento veinte kilómetros por hora, ciudades sombrías, espacios, bosques de árboles flacos.

Jesse y yo tomamos el tren expreso para Washington, el Metrolinner. Pasamos frente a Filadelfia y a Baltimore, dos depósitos de hollín y mediocridad americana, unidos por la monotonía y por los pasos de Poe, pasos que recrearon la saliva impresa de sus detractores y la banalidad sentimental de quienes asumieron su defensa. Ambos grupos conspiraron como en un tremendo relevo literario para fabular la vanidad trágica y póstuma que fue su leyenda. Máscaras que nos impiden a veces acercarnos a Edgar, darle la mano, apretarlo en un abrazo desmesurado de elefante moribundo.

Filadelfia, que se desplazaba frente a nuestros ojos con sus casitas y piscinas verdes y azules, había presenciado sus éxitos periodísticos. Antes de llegar a Washington, las luces de Baltimore, reino del burlesco y de la pornografía, de las cornejas sobre las cornisas, donde Poe tomó contacto con su tía María Clemm, en un momento difícil de ruptura con el viejo Allan, y la llamó a partir de ese entonces y para siempre, cariñosamente Muddy: Muddy, la madre de Virginia que él veía por primera vez.

lo mismo que su hermano Henry, poeta y viajero que moriría prematuramente de tuberculosis. Baltimore sombrío, fijado universalmente al brazo de su muerte, los versos de Hart Crane que siempre cita Juan:

And why do I often meet your visage here,  
Your eyes like agate lanterns —on and on  
Below the toothpaste and dandruff ads?  
And did their riding eyes right through your side,  
And did their eyes like unwashed platters ride?  
And Death, aloft, —gigantically down  
Probing through you —toward me, o evermore!  
And when they dragged your retching flesh,  
Your trembling hands that night through Baltimore—  
That last night on the ballot rounds, did you  
Shaking, did you deny the ticket, Poe?

36 Su tumba se encuentra en el barrio negro. El cementerio de una iglesia que parece clausurada. Las casas tuertas de ventanas tapiadas o sin postigos observan los violadores de tumbas que roban la lápida de vez en cuando.

Llegamos a Washington de noche. Calles desiertas, conversaciones de flujo incontrolable, ningún silencio posible con Jesse. La víspera de una entrevista con el Presidente, Edgar Poe se había emborrachado de tal forma...Dormimos en el hotel National, conversábamos semidormidos, con los ojos cerrados, las voces disminuyendo y nuestras cabezas ya en el sueño. Al día siguiente tomamos el autobús.

6 de Marzo 1970

No olvidaré el cuadro en el autobús: a mi lado Jesse bastante nervioso, como de costumbre perro amarrado, el mismo Jesse de las mil historias verídicas, fantásticas, el que estuvo en una prisión para nazis en Florida y sin saberlo era amigo de Tiro Fijo en Colombia hasta el día en que vio la fotografía en los periódicos. En el asiento de al lado una vieja idiota que

mira el techo, acompañada por otra vieja no idiota. Jesse que se retuerce y mascando las palabras, “coño” voltea la cara, baja la cabeza, la tuerce, me vuelve a mirar dándole vueltas a los ojos, “ves lo que estoy viendo”, y la cara se estiraba en dirección de la idiota puesta allí por el viejo William. La cara de martillo de Jesse se frunce, unas muchachas con acento del sur van discutiendo de trajes de novia. Por el rostro de Jesse, prisionero como yo de ese autobús falknerianopasantodas las aventuras que me ha contado, solos, o con Juan, o con Arcocha, atravesando Nueva York, o en su apartamento, o en un bar: lo veo delirando con Tintán en Acapulco y bailando con la Tongolele, el rumor de los trajes de novia, la baba idiota, veo a Jesse acompañando a Fidel por toda la isla, tirando rollo tras rollo de película como un mono asiático y llega a Big Sur una mañana a las cinco y saca a Henry Miller de la cama, ahí está Jesse dirigiendo para ganarse la vida una fábrica de barriles en California, filmando la Canción del Caribe en República Dominicana y los árboles quiebran la luz en franjitas, Jesse se va hundiendo en su asiento, los troncos y las ramas a un lado y otro de la carretera nos golpean las caras, las conversaciones matrimoniales y la saliva vecina cargan la atmósfera y siento los nervios de Jesse enredarse con las ramas, saltar hacia el cielo, buscar una salida al autobús hermético. Es la misma tensión electro-paranoica del Jesse interlocutor imposible que condena su adversario en toda discusión a la coprofagia cubana y a un baño úrico en los Campos Eliseos. Jesse El Alucinado, el que habla analógicamente, que ha declarado la guerra a la muerte matemática y afirma que Velázquez es la vela y el metal, metafísico, Jesse Fernández, pintor de calaveras, hacedor de cajas mágicas, que ha fotografiado todo el mundo, de Borges a Hemingway pasando por Reyes, Marlene Dietrich, Miró, Lezama, María Schell y Batista y la muerte en Bogotá. Hacía años se había perdido en Guatemala y salido por la Guajira y un maleficio indígena lo había clavado al cuerpo de un autobús rumbo a Richmond.

El bostoniano Poe es otra cosa en Richmond, y Jesse

y yo también somos distintos en Richmond, recién llegados a la búsqueda de la mano perdida de nuestro amigo de ultratumba. Pasamos frente a unas casas con balcones y enrejados de imitación francesa, despintados, cubiertos de óxido. En el restaurante de la estación había un sheriff con dos revólveres en su lustradas cartucheras, un pito con cadena sobre el pecho, un aparato de telecomunicación y encima del cuello una cabeza rubia profundamente imbécil. Más allá una muchacha platinada que se había arreglado para el gran viaje al Este tomaba una Coca-Cola esperando el autobús que la llevaría hacia su pesadilla de modelo aspirante en Nueva York. Entre las mesas se paseaba un negro adornado con un clavel rosa y su pañuelo blanco de agente funerario.

En la calle no está sino el viento. Nadie que nos diga como llegar hasta el museo Poe. Otro autobús al azar. Pasamos frente a una casa antigua que nos llama la atención, una placa con el nombre Robert E. Lee. La avenida pasa de una ciudad abstracta a un barrio deprimido, medio destartado. Una pared de ladrillos con restos del maquillaje de 1945: el bello aviso de Coca-Cola que se despinta lagrimeante de nostalgia. Jesse comenta: en el Sur la Coca-Cola es distinta, la gente se emborracha con Coca-Cola. Pedazos de avisos de productos desaparecidos, ladrillos al aire, boque- rones en las paredes. De pronto se desliza ante nosotros una tienda de animales llamada Bird in hand: —Jesse, nos podemos bajar, este es el viejo Richmond. Bird in hand se llama la posada donde murió Elizabeth Arnold Poe, la madre de Edgar.

Llegamos al museo, unas cuadras más allá de la tienda de animales, al pie de la colina. No es la casa de John Allan como esperaba sino otra cualquiera, “la casa más antigua de Richmond” en la que probablemente nunca ofició el sacerdote de Legeia, Berenice y Leonora.

Olor a miel que viene de las fábricas de tabaco. Un pájaro, pálido como un mimo trágico, nos abre la

puerta: la directora o la secretaria del museo, salida de no sé qué tumba de cal: ave disecada, tieza, grande. Le explicamos nuestros deseos. Nos habla de unos cineastas de Guayaquil que habían estado filmando allí hacía unos días. Una mueca profunda de impotencia se le dibuja en el rostro cuando nos explica que debido a que el aniversario de Poe y el aniversario de Robert E. Lee caen el mismo día, y como el verdadero héroe de Richmond es el general sureño, la sociedad de amigos de E.A.P., de la cual ella es secretaria vitalicia, no ha podido nunca rendirle todos los honores que él se merece. Su historia le humedecería las lágrimas a un orangután. Terminada la confesión nos regala un folleto que contiene un cuento premiado en el concurso Ellery Queen de historias de detectives que lleva por título “Asesinato en el Museo Poe”.

La vieja nos acerca hasta una maqueta del Richmond antiguo. Jesse le dice que Richmond debió haber sido muy bello y ella le responde que Richmond es muy bello. La maqueta me atrae y paseándome por ella la música electrónica de los recuerdos mal vividos en otra vida de otro siglo se tienden como panfletos de memoria íntima, como ropa mal lavada en un barrio pobre con olor de leña, los ladrillos del siglo diecinueve en la maqueta, con sus voces entrecortadas, me golpean en los ojos amargados, oigo pedazos de conversaciones que he oído en sueños místicos, una habitación en la que me encuentro con Lowry, Baudelaire y Ruben Darío alrededor de una cama de muerto, todos contemplamos con estupor el cuerpo que se ha detenido y que alguien quisiera que no nos habla más, todos estamos quietos, una mosca camina por el suelo despacio como mi brazo que extendiendo hasta su frente y los ojos de Edgar se abren con un parpadeo trémulo de colibrí. Desde la almohada comienza a sonreírnos, y en un murmullo mal intencionado nos dice: el delirium tremens: buena broma: así me dejarán tranquilo de una vez; he llevado a la perfección el arte de la catalepsia: cualquier circo de Praga pagaría una fortuna: soy un muerto prematuro: me hipnoticé como el señor Valdemar pero con mis amigos puedo seguir be-



biendo: ¡Otra botella! ¡Por fin una cama en el cementerio!

Del otro lado de la maqueta la vieja continúa hablando y veo la angustia de Jesse que avanza, que viene a buscarme, a despertarme. Jesse me sacude por los hombros. Una vez más tengo que caer en el colador metálico del siglo veinte, continuar respirando con todos los vivos de este mundo, lejos de los amigos muertos. He llegado tarde a la historia, los siglos pasados son mi sueño, sueño cuyo regazo me espera en una esquina el día menos pensado. Llegamos al jardín en el que hay una fuente, pájaros, trinos y al fondo unas arcadas construídas con las piedras del Messenger. Este vergel es un homenaje a The enchanted Garden. Entre las arcadas un pedestal sin busto y un busto sin pedestal. Por un momento vuelvo a pensar en el destino de Poe abandonado en la muerte en favor de Robert E. Lee. Edgar el muchacho criado en un jardín, rodeado de mujeres y que de la noche a la mañana se encuentra en medio de la dolidadesca borracha del capitalismo floreciente de los Estados Unidos.

Seguimos por los pabellones de la casa. Los objetos, los cuadros, la miscelanea reunida en esas salas vacías un collage absurdo y enternecedor: por un lado un ejemplar de Tamerlane and other poems By a bostonian en la edición original, por el otro los cabellos que le logró arrancar el doctor Snodgrass: frases de un poema satírico escrito con los despojos de una vida en cuyo contrato no estaba estipulada la fatalidad del ridículo. ¿Por qué? ¿Por qué venir a hacer un reportaje? ¿Por qué venir hasta este museo indecente? Y sin embargo quién puede impedir nuestra emoción frente al manuscrito impecable de Anabel Lee ¿Robert E. Lee?.

La última sección de la casa comprende una venta de souvenirs y un salón dedicado al Cuervo: una serie de dibujos de James Carling. En el medio un ventilador, anacrónico como un gramófono.

Subimos a la colina original de Richmond a paso de

cabra. Colina que una vez fue devastada por el fuego. En la cima, St John's Church aparece rodeada por su cementerio antiguo en el que reposan Elizabeth Arnold, las víctimas del incendio del teatro y muchos jovencitos del siglo XVIII. El sol golpea lejano las lápidas y un grupo de niños que visita el cementerio con gran inocencia necrofílica. Hay brisa y no estamos en ninguna parte, en un decorado vacío en el que se pasean algunos actores extraviados que ignoran sus parlamentos: las casas de los alrededores están deshabitadas, en las calles los faroles son imitaciones mudas de los faroles de gas de hace un siglo y cuando salimos de entre las tumbas, al dejar atrás la de Elizabeth Arnold, restauración de mal gusto, en la calle despejada, sola e inmóvil, un negro lento pasa frente a nosotros quitándose el sombrero y diciendo: Buenas tardes caballeros.

A espaldas de la iglesia encontramos la casa de Elmyra Royster. Nos sentamos en los escalones de la entrada. No estamos en ninguna parte, ni siquiera en el pasado de Poe, ni siquiera en el estampido de Nueva York, no, estamos en el centro de un vacío cóncavo, ubicuo, sin paraíso ni infierno, ni paraíso ni infierno, un sitio paralizado en el que las voces de los hombres han dejado de expresar el grito terrible y asombroso de la caverna, estamos en un nido conformista, en una nube opaca y rutinaria: la típica ciudad americana. Conversamos de la Habana prerevolucionaria. Te sentimos a ti Edgar Poe en esta miserable ciudad, en este país que es un gran cementerio del alma del que sólo escuchamos tus castillos encantados y los alaridos de Allen Ginsberg. Te vemos subir por esta misma colina, un poco menos abstracta quizás pero igualmente desacogedora en 1849, vienes a hacerle las últimas visitas a Elmyra antes de partir con una promesa de matrimonio y cuando entramos al museo nos preguntamos sobre lo que habrás visto al pararte frente al espejo convexo que era Elmyra Royster en 1849. Conve-xo ese instante en que trataste de comprimir el tiempo y casarte con tu frustrada novia de adolescencia. Mirábamos el espejo, convexo también, que hay sobre

la chimenea en el vestíbulo y mirándonos le pregunté a Jesse si fue ahí que te contemplaste por última vez, si había sido en ese espejo donde habías comprendido que no valía la pena seguir viviendo después de Eureka porque Eureka era la culminación de tu solipismo y que la culminación del solipismo de la vida está en el punto final de la muerte y eran las diez de la tarde y no habíamos almorzado.

Y 1974 me tiene por el pescuezo y casi para soltarme y mi pequeña vida de ser humano que a veces confundido con el universo, mis angustias, mi situación han cambiado tanto que verme sentado con Jesse en la colina de Richmond me hace sonreír, me hace creer que somos una serie de dibujos animados incorregibles y que nuestras cabezas y nuestros recuerdos bailan El muerciélago de Richard Strauss, un poco como consuelo y un poco como ilusión.

Sin embargo cotidianamente leo una notita escrita hace varios años que dice: Todos los días al levantarme debo recordar:

40

- 1) Que uno de mis peores vicios, quizás el peor, es la fantasía
- 2) Que carezco de imaginación y de inteligencia
- 3) Que soy flojo
- 4) Que soy perezoso
- 5) Que carezco de disciplina
- 6) Que soy sentimental
- 7) Que tengo la debilidad de la megalomanía y me conozco demasiado bien para no saber que no soy nadie.

Del resto de aquel día en Richmond no me quedan sino girones, visiones que merecen un poco de champagne ahora que puedo beberlo en París: las campanas cuando leíamos un manuscrito en la biblioteca, un envío en camión hacia West Point, los gatos y el tufo de leña que mada en un barrio negro, los negros comiendo maní, nuestra carrera entre las tumbas de un segundo cementerio y la inscripción de una lápida

que quién sabe porqué razón he guardado: Hezakia Boum Born December 20 1777 Died December 31 1846. Pero me queda sobre todo la experiencia del teléfono de Poe. Por hacer una broma le había dicho a Jesse que buscáramos en el libreto a ver si estaba.

Cosa que hicimos y teléfono que encontramos. Llamamos a Poe al 2886212 y atiende una mujer. Dice que ella es Mme Poe y que el no viene hasta medianoche.

Abril 22 Earth Day Nueva York

Cuadros de la National Gallery de Londres en la librería de la calle 12 y Brodway. Jesse. La iglesia Grace de la calle 10. Su jardín, sus árboles retoñando, su orden perfecto, el eco, la piedra gris. Luz de primavera. Un ritmo no armónico sino feliz. Librería de viejo. Biografía de Poe. Libro sobre Isaak Dienensen. Libro sobre Baudelaire. Libro sobre Rimbaud. El correo para enviar Terror en la isla de las arañas. Las cartas para Venezuela hay que llevarlas antes de las cinco de la tarde si uno quiere que salgan el mismo día. Librería oriental en un segundo piso. Nostalgia de camellos. Libro sobre la inquisición literaria de 1772 en China. Cuando se lo voy a mostrar a Jesse se va la luz. Libro sobre arqueología egipcia. Carter-Tutankamon.

La infancia, la selección de la vida hecha en la infancia, Borges a los diez años yo estaba leyendo en una cama de hospital el descubrimiento de Tutankamon. El campanario de Grace Church como un rey del espacio. La catorce y la tercera. Richard L. Loyber de la Universidad de Buenos Aires. Los cigarrillos Player's. Dos billones de estrellas y el misterio, la esperanza de la América Latina, los cuarenta que gobiernan el mundo, la masa, la flor en el saco, el bastón, grandes y suaves grietas en la cara: "hace muchos años que dejé de chuparme el dedo, no sé si me explíco" —Loyber se pierde en la multitud.

La vigilia es el sueño del sueño.  
Boris Karlof en la cocina.

París 1974

Hacía un mes que había regresado de Richmond. Jesse me había dado las fotos y el artículo no se escribía. No pensaba sino en eso pero seis líneas era lo máximo. Una tarde en que me exasperaba frente a la inútil máquina de escribir decido largarme. Las últimas palabras eran "me persigue el Egipto". En la calle compro un periódico en el que veo anunciada The Mummy con Boris Karloff, película de 1932, la de la foto que tengo pegada en la cocina. Subo hasta Columbus. La película se abre con el Lago de los cisnes sobre una panorámica de las piramides. Todo el exotismo de Hollywood en un Cairo dominado por los ingleses que se hacen abanicar por los nativos. La heroína es la reencarnación de la hija del faraón y se llama Helen, el protagonista masculino es un joven arqueólogo inglés. En la butaca me pregunto porqué justamente cuando huyo de Poe caigo en una película cuya personaje principal se llama como la primera mujer de quien él se haya enamorado, la madre de su compañero de escuela en Richmond. Noche calurosa en el Cairo, fiesta en un hotel o en casa del embajador, no recuerdo. El joven arqueólogo cuenta las peripecias de su última excavación. Ha descubierto una momia. Una muchacha de hace treinta siglos de la que se ha enamorado. Helen que lo escucha le pregunta inocentemente, parpadeando, como si la pregunta y el reproche fueran dirigidos a mí, a Edgar Poe, al reportaje infantil: Dou you have to dig up graves to find a girl to love.

Hacia el final Boris Karlof aparece con el maquillaje monstruoso de la foto que había escogido al mudarme al nuevo apartamento. Ahora sé que puedo pegarla. Un capítulo se ha cerrado sin pena ni gloria, una minucia del azar.

Hubiera querido volver a llamar por teléfono a Poe. El artículo no se escribiría jamás.



---

# POE

---

Autor: Benami Fihman

---

Tomado del papel Literario del Nacional del 6/10/74

Tengo que hacerlo, tengo que hacerlo. Cueste lo que cueste tengo que escribir una versión definitiva del texto, esta vez se publicará finalmente. Reuniré el material que tengo guardado desde hace varios años y nunca pude realizar por completo. Se cumplen ciento veinticinco años de su muerte y todavía tengo colgado en mi apartamento de París su número de teléfono (288-6212), dos grabados, uno de los cuales es una reproducción del daguerrotipo de mil ochocientos cuarenta y ocho, y la calavera dibujada por Jesse Fernández. Luis Alberto me pide que le entregue un trabajo para el aniversario. ¿Cómo hablar de quien el Larousse ilustrado define así: "escritor americano, nacido en Boston (1809-1849). Genio atormentado, de una imaginación extraña, publicó poemas, cuentos y relatos que tradujo Baudelaire (Las aventuras de Arthur Gordon Pym, Historias extraordinarias)". ¡Cuántas veces no traté de publicar un ensayo o un reportaje! Me frustré yo mismo sin cesar. ¿Yo mismo? Los conocedores de Poe saben que el profesor Thomas Ollive Mabbot murió el quince de mayo de mil novecientos sesenta y ocho. Cuando murió había terminado el primer volumen de la edición crítica de las obras completas que preparaba desde hacia varias décadas. El libro fue editado póstumamente.

sobre el escritorio tengo un ejemplar. Anécdota bastante elocuente. ¿Será un sortilegio lo que me ha impedido todos estos años lograr relatar mi experiencia Poe?

Jesse Fernández. Su nombre está ligado obligatoriamente a este diario, a estos fragmentos de diario. Las fotos que deben ser publicadas junto con él fueron tomadas por Jesse. En aquella época los dos vivíamos en Nueva York y nos veíamos constantemente. A Jesse le interesaba mucho Poe, a mí me obsesionaba, los dos deseábamos trabajar juntos. Recuerdo que había comprado un curioso libro que no ha sido traducido al español: The man who called himself Poe. Se trata de una colección de relatos posteriores a su muerte y en los cuales él aparece como personaje. Basta para demostrar hasta qué punto la persona es enigmática, llena de significados más o menos equívocos y subjetivos, hasta qué punto posesiva. Ha atravesado un siglo deformándose y enriqueciéndose hasta convertirse en un centro mágico o caricatural, todo depende de la situación, que es difícil asir. El título sugestivo de uno de los cuentos del libro es "El hombre que coleccionaba Poe"

43

Yo deseaba buscar lo que quedaba de Poe en los Estados Unidos. Quería visitar Richmond, donde pasó su infancia y Baltimore, donde murió y donde está enterrado, donde con frecuencia es violada su tumba. En cuanto a Nueva York la cosa era en apariencia más fácil al vivir allí. Desde un principio visitaba las calles en las que Poe había vivido, exploraba los lugares que tuvieran alguna relación con él: o bien su nombre evocaba algo en esos sitios o: bien, se trataba de ambientes en los que la intuición me decía que él los habría frecuentado de nacer en el Siglo XX...., y que quizás frecuentaba bajo quién sabe qué forma. Pero la idea de transformar esta búsqueda en reportaje no vino sino después de una gran parte de las pesquisas habían sido hechas en razón de un apasionamiento puramente poético. Había seguido la sombra de Edgar Poe identificándome con él en medio de la adolescencia

atormentada que atravesaba recorriendo las calles inmundas de fiebre en Nueva York. En esas calles, en esas multitudes leprosas y feas había presentado su figura de aguja con bigotes.

44 Para el reportaje le pedí a Jesse que me acompañara. Hicimos un viaje de varios días. Al regreso comenzó la pesadilla de la redacción. Las fotos estaban listas desde hacía varias semanas y sobre mi mesa de trabajo no había sino fragmentos de tres o cuatro líneas, ideas, abortos de frases. Pasaba horas desesperándome sobre la máquina de escribir, temblando de rabia y de miedo y de frustración, volteándome a cada rato a ver si por sobre el hombro alguien me contemplaba. Así pasé dos meses hasta que desistí del proyecto que no retomaría sino un año después, bajo circunstancias distintas, en Barcelona. Escribí entonces unas cuarenta páginas de borrador, pero no llegaba a terminar mi relato. El texto que tenía bajo mis ojos carecía de forma, de energía expresiva. Un viaje interrumpió nuevamente mi esfuerzo. A la vuelta el manuscrito había desaparecido. No miento ni hago literatura. Una vez más borré de mis aspiraciones la ambición periodística. Estábamos en el año mil novecientos setenta y uno. Hace unos veinte o treinta días descubrí el borrador de Barcelona en un cuaderno de la insignia Herald Square. ¿Para qué describirme después de este descubrimiento? La cosa me alegró, pero no me dejé entusiasmar. En otras palabras, consideré el hecho como un avatar más de un artículo interminable y en cierta manera imborrable y palimpsesto. La verdadera sorpresa vino cuando Espérance me dijo que Luis Alberto me sugería que le enviara algo sobre Poe para el Papel con motivo de los ciento veinticinco años.

Desconfiado, sin gran alegría, me puse a hojear el material de Barcelona y el aún más antiguo de Nueva York. Decidí extraer una serie de pedazos que forman una especie de diario de mi búsqueda de Poe. No puedo ir más allá, sé que él continuará metiéndome zancadillas metafísicas. El resultado junto con esta pri-

mera, más pertinentemente, última página, es más relato que artículo y más confesión que relato. De ahí sus defectos y sus virtudes. ¿Llegará hasta las manos del director del Papel? ¿No se perderá antes en los laberintos de correo? ¿Qué sucederá después? ¿Será, como el primer tomo de la recopilación de Mabbot, impreso póstumamente? Pido excusas por haber jugado con el destino, por haber hecho esta última pregunta que no dejará de ser vista con humor. Los nervios me agotan, oigo ruidos, la máquina de escribir se me hace insoportable en el cuarto vacío, ¿vacío? Frente a mí el daguerrotipo de mil ochocientos cuarenta y ocho.

¡Adelante los recuerdos maltratados, la adolescencia, Jesse, Nueva York, el fantasma evasivo de Edgar Allan Poe!

Nueva York, 1969

He alquilado un nuevo apartamento. Edificio moderno. Típicamente, asquerosamente neoyorquino. Queda en el piso catorce, que en realidad es el trece, que no existe, que se designa con el número catorce por superstición. Como en toda ciudad, en los miles de rascacielos. En la ciudad más lógica del mundo, en los edificios más geométricos, menos imaginativos. En la cocina, moderna, estrecha, blanca, pegué una fotografía de Boris Karlof tal como aparece en la película La Momia. Homenaje al viejo que murió no hace mucho. Es una película que no he visto.

Nueva York, Octubre 30, 1970

Te he buscado, Edgar Poe, aunque no convenga decirlo así, cuando Manhattan pone cara de ojiva después de una tarde de nubes de piedra: por la noche hay niebla. He recurrido a tu cómplice trasatlántico que equivocaba tu biografía y le dedicó la traducción de tus obras a María Clemm de Baltimore. ¿Verdad que la sujetabas por el talle en el Cottage de Fordham mientras dando vueltas en el jardín le explicabas Eu-

reka? Te he buscado en el New Amsterdam Theatre, en el New Apollo y en los otros cines de la cuarenta y dos junto a un viejito a quien sofocaban las pesadillas. Te he visto dialogar con Vincent Price, he compartido el gusto de que seas un guionista de Hollywood y te he tenido a mi lado en esos teatros de cúpulas y relieves y cornucupias de imágenes roidas del siglo diecinueve. Te siento pagar noventa y nueve centavos de dólar esta noche que no tenías dónde dormir y hacerme en una butaca rota. El viejito se retuerce. ¿Es cierto que la casa de Usher es el cerebro de alguien, quizás el tuyo?

Nueva York, Noviembre, 5, 1970

Cerca de Carmine Street por donde alguna vez se paseó Poe vamos Jesse y yo. Azota un viento helado, hay llovizna. Los anteojos se me mojan, tratamos de protegernos del viento bajando la cabeza. Desde una figura masculina que pasa sin que se le vea la cara una voz de mujer nos dice, ¿qué tal caballeros? Jesse le responde "Bien y a usted ¿cómo le va?". Seguimos en direcciones opuestas. Le digo a Jesse "¿Qué rara voz ese saludo! ¿Sería la muerte?". Y Jesse: "Puede ser, por eso la saludé". De pronto te lleva por descortés. Volteamos al unisono, no había nadie. Llovizna ventada.

Nueva York, Noviembre, 12, 11:00 p.m.

Imagen:

Poe había sido criado para ser aristócrata, virginiano, inútil. Un día contrae deudas en la universidad, deudas de juego y farra y trajes y cantinas. Los padres de sus compañeros pagan, no el señor Allan, su padrastro. Poe comprende la importancia del dinero. Allan que es un hombre práctico y no un aristócrata se lo ha hecho sentir.

Poe fue siempre, o quiso ser siempre, el aristócrata que en él creó la educación con las mujeres de su ho-

gar adoptivo: Francis Allan y su tía. En ellas y para ellas el ocio si creaba un orden vital. El siempre se refugió en ellas, siempre las amó. Repentinamente quedó en el gran país entregado a las calles de la competencia y la producción. Virginiano, poeta. Perdió para siempre su puesto sin que nunca pudiera recuperarlo. Baudelaire dice que los Estados Unidos fue su vasta prisión.

El gato no me deja dormir rasguñándome los pies. Voy a la cocina a buscar agua. Boris Karlof me mira.

Nueva York, Noviembre, 17, 1970

A propósito de la explicación de El Cuevo en la "Filosofía de la composición": ¿Puede un hombre que conozca de literatura y no esté enamorado proponerse escribir un poema de amor y lograrlo, lograr un bello poema de amor?

Nueva York, Diciembre, 13, 1970, 3 a.m.

Bronx:

Enclaustrada entre autopistas, una cabaña, una casita de campo —en el área donde ahora se despliega el Bronx sin dejar siquiera derecho a la nostalgia, a la melancolía vegetal—, enclaustra a su vez un vago y mítico recuerdo (transformado por mil vertientes), que pertenece en este país a la época de la adolescencia o pubertad escolar: el pequeño, olvidado recuerdo de Edgar Poe en su vasta prisión, que es como definiera los Estados Unidos, al defenderlo, su cómplice trasatlántico, Baudelaire. Alrededor de la casa, dando vueltas como un enloquecido hacia el centro de un maestrón que guardaba bajo el cráneo, tras las costillas, tratando de superar la velocidad de las revoluciones del remolino que (él sabe) abarca allí dentro la totalidad del Universo, para atrapar en el vértigo, la perla al fondo, la unidad, el principio, el fin, la expansión y la concentración universales: la razón de Eureka que lucubraba bien agarrado a la cintura de Muddy —para

no zafarse aún definitivamente y perderse para siempre. Sus trágicos viajes emprendidos desde aquí son bien conocidos; lo mismo que la enfermedad y la agonia de Virginia tan cerca del Hudson; la fidelidad incorruptible de Muddy. En estas habitaciones fue planeado y transcrito El Cuervo.

46 El destino póstumo de Poe reposa de alguna manera en el homenaje (absurdo tal vez) que representa la preservación de este cottage de Fordham. Este que fue el pequeño muelle donde atracaba atormentado por su ruina inminente, por el suicidio progresivo, por su alma abatida entre la soberbia y el sueño, queda hoy como representante de su pasado. Para que lo visiten niños de primaria traídos de la mano de una maestra neurótica y se paseen por las escasas cámaras con la cabeza mareada aún, con el oído resonante aún: Once upon a midnight dreary... O quizás algún estudiante insatisfecho de Columbia que leyó los primeros cuentos de Poe a los doce años en un tomo rojo, en una habitación cercana a un río, después de haber contemplado a su tía desnuda bajo la ducha y aparecía por primera vez el placer de la masturbación, y mientras pasa revista a los objetos del museo en un frustrado intento de ir hacia atrás, hacia 1840 ó 1842 ó 1849, piensa en las teorías de los profesores: que la casa de Usher es realmente el cerebro del narrador y que los cuadros colgados en la mansión corresponden a las imágenes hipnagógicas y el hundimiento final es la inmersión en el sueño; que Arthur Gordon Pym corresponde a Edgar Allan Poe; que la recurrencia del reloj en muchos de los cuentos proviene de una fijación que produjo en él la confrontación en los primeros tres años de su vida con el forcejeo sexual de los padres, actores pobres que compartían con el niño la única habitación.

De esta cabaña bajó Poe a Richmond donde se comprometió con Elmyra Royster, antigua, frustrada novia de la adolescencia. Al cottage fueron dirigidas sus últimas cartas a María Clemm, Muddy, su tía y suegra, antes de emprender el viaje de Richmond a Balti-

more, al delirium tremens. Por ejemplo.

Julio, 7 1849

Mi querida, querida Madre:

He estado tan enfermo --me dió cólera, o al menos tuve espasmos tan fuertes como los del cólera, y ahora puedo apenas sostener la pluma. En el mismo instante en que recibas ésta, vente. La alegría de verte compensará nuestras penas. Tenemos que morir juntos. Es inútil tratar de razonar conmigo en estos momentos: debo morir. No tengo deseos de vivir desde que terminé "Eureka". No podría lograr nada más. Por tu causa sería dulce vivir, pero tenemos que morir juntos. Lo has sido todo para mí, querida, siempre amada madre, mi más querido verdadero amigo.

Nunca estuve realmente loco, excepto en las ocasiones en que fue herido mi corazón.

Me han metido una vez en la cárcel desde mi llegada aquí por emborracharme; pero entonces no estaba borracho. Era por Virginia.

O la conocida queja del final de la carta de Julio  
14, 1849:

"Oh, VEN si puedes! Mi ropa está espantosa y estoy tan enfermo. ¡Oh! si pudieras venir donde mi, madre mía. Escíbeme de inmediato ¡ah! no me falles. Dios te bendiga.

Eddy